

Año: †220 / Lugar: Corfú, Grecia - Roma, Italia / 11 de Agosto
Aparición de la Virgen, el Niño Jesús y dos Ángeles
Vidente: Santa Filomena, Virgen y Mártir (207 - †220)



Poco se sabía históricamente de Santa Filomena hasta el hallazgo de sus restos mortales. El día 26 de noviembre del año 1798, a las 17:41 horas, mientras se llevaban a cabo las constantes excavaciones en las famosas catacumbas de Santa Priscila, en la Vía Salaria de Roma, se encontró una cripta sellada con tres losas de terracota, que cerraban la entrada; la tumba estaba rodeada de símbolos que aludían al martirio y a la virginidad de la persona ahí enterrada. El emblema del lirio y la palma estaba grabado en el sepulcro para indicar su virginidad y su martirio. También había un ancla, un látigo, y tres flechas, dos apuntando en dirección opuesta, y una con la línea curvada en ella, significando fuego e intentando simbolizar los diferentes tormentos que la mártir sufrió en testimonio de su fe y amor a Jesucristo.

Llevaban la inscripción «Lumena —Pax Te— Cum Fi». Al leer desde la losa de en medio según la antigua tradición de comenzar el epitafio desde esta losa, se obtuvo el texto la forma correcta que se leería como «Paxte Cum Filumena», que en latín quiere decir «La paz sea contigo, Filomena».

Al abrir la tumba descubrieron un esqueleto que era de huesos pequeños y notaron, a la vez, que el cuerpo había sido traspasado por flechas. Al examinar los restos, los cirujanos atestiguaron la clase de heridas recibidas y los expertos coincidieron en calcular que el cuerpo encontrado al abrir la tumba se trataba de una joven chica de 12 ó 13 años. Cerca de su cabeza tenía un jarrón roto que contenía sangre seca, cosa que se hacía según la costumbre antigua de los primeros cristianos al sepultar a los mártires.

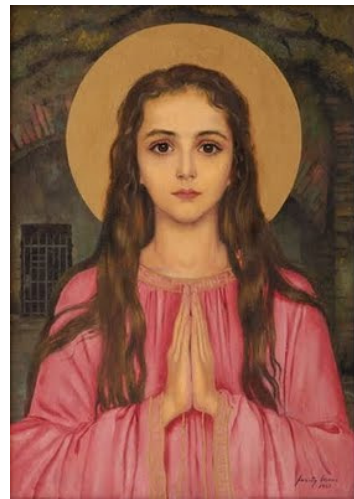
Lo que sabemos sobre el martirio de Santa Filomena es gracias a las revelaciones privadas dadas por la Santa en 1863 a una piadosa religiosa de Nápoles, la Venerable Madre María Luisa de



Jesús (1799-1875), quien murió en olor de santidad; fue en respuesta a las oraciones de muchos a que dejara saber quién era ella y cómo llegó a su martirio. Estas revelaciones han recibido el Imprimátur de la Santa Sede, dando testimonio de que no hay nada contrario a la fe. La Iglesia no ha hecho ningún otro pronunciamiento y no garantiza la autenticidad de las mismas. La Santa Sede dio la autorización para su publicación, el 21 de diciembre de 1883.

Revelaciones de Santa Filomena a la Madre María Luisa de Jesús - Nápoles, 1863.

“Yo soy la hija de un príncipe que gobernaba un pequeño estado de Grecia. Mi madre también era de sangre real. No tenían niños. Eran idólatras y continuamente ofrecían oraciones y sacrificios a sus dioses falsos. Un doctor de Roma llamado Publio —ahora está en el Cielo—, vivía en el palacio al servicio de mi padre. Este doctor profesaba el cristianismo. Viendo la aflicción de mis padres y por un impulso del Espíritu Santo les habló acerca de nuestra fe e incluso les prometió posteridad si consentían en recibir el bautismo. La gracia que acompañaba sus palabras, iluminaron el entendimiento de mis padres y triunfó sobre su voluntad. Se hicieron cristianos por encima de sus voluntades: se hicieron Cristianos y obtuvieron la gran deseada felicidad que Publius les había prometido en premio a su conversión.



Al momento de nacer me pusieron el nombre de Lumena, en alusión a la luz de la fe, de la cual era fruto. El día de mi bautismo me llamaron Filomena, hija de la luz (filia luminis) porque en ese día había nacido a la fe. Mis padres me tenían gran cariño y siempre me tenían con ellos. Fue por eso que me llevaron a Roma, en un viaje que mi padre fue obligado a hacer debido a una guerra injusta.

Yo tenía trece años. Cuando arribamos a la capital nos dirigimos al palacio del emperador y fuimos admitidos para una audiencia. **Tan pronto como Dioclesiano me vio, fijó los ojos en mí.**

El emperador oyó toda la explicación del príncipe, mi padre. Cuando éste acabó y no queriendo ser ya más molestado le dijo: **“Yo pondré a tu disposición toda la fuerza de mi imperio y te pediré a cambio sólo una cosa, que es la mano de tu hija”.** Mi padre deslumbrado con un honor que no esperaba, accede inmediatamente a la propuesta del emperador y cuando regresamos a nuestra casa, mi padre y mi madre hicieron todo lo posible para inducirme a que cediera a los deseos del emperador y los suyos. Yo lloraba y les decía: **“¿Ustedes desean que por el amor de un hombre yo**

rompa la promesa que he hecho a Jesucristo? Mi virginidad le pertenece a Él y yo ya no puedo disponer de ella". —Pero eres muy joven para ese tipo de compromiso —me decían— y proferían las más terribles amenazas para hacerme que aceptara la mano del emperador.

La Gracia de Dios me hizo invencible. Mi padre, no pudiendo convencer al Emperador con las razones que alegó para ser dispensado de la promesa que había hecho, fue obligado por Dioclesiano a llevarme a su presencia.

Tuve que soportar nuevos ataques de parte de mis padres hasta el punto, que de rodillas ante mí, imploraban con lágrimas en sus ojos, que tuviera piedad de ellos y de mi patria. Mi respuesta fue: **"No, no. Dios y el voto de virginidad que le he hecho, está primero que ustedes y mi patria. Mi reino es el Cielo."**

Mis palabras, los hacía desesperar y me llevaron ante la presencia del emperador, el cual hizo todo lo posible para ganarme con sus atractivas promesas y con sus amenazas, las cuales fueron inútiles. **Él se puso furioso e, influenciado por el demonio, me mandó a una de las cárceles del palacio donde fui encadenada.** Pensando que la vergüenza y el dolor iban a debilitar el valor que mi



Divino Esposo me había inspirado. Me venía a ver todos los días y soltaba mis cadenas para que pudiera comer la pequeña porción de pan y agua que recibía como alimento, y después renovaba sus ataques, que si no hubiera sido por la Gracia de Dios no hubiera podido resistir.

Yo no cesaba de encomendarme a Jesús y su Santísima Madre.

Mi cautiverio había durado treinta siete días, cuando, en el medio de una luz divina, vi a María con Su Divino Hijo en Sus brazos.

Ella me dijo: "Hija Mía, tres días más de prisión, y después de 40 días dejarás este lugar de sufrimiento."

Las felices noticias hicieron mi corazón latir de gozo, pero **como la Reina de los Ángeles había añadido, dejaría la prisión, para ser sometida a tormentos mucho más terribles que los anteriores.** Pasé del gozo a una terrible angustia, que pensaba me mataría. Entonces me dijo la Reina de los Cielos: **"Ten valor, hija Mía, ¿no sabes el amor y la predilección que tengo por ti? El nombre que has recibido en tu bautismo es garantía de ello, y la semejanza que tiene con Mi Hijo y conmigo. Como tú te llamas Lumela y tu Esposo se llama Luz, Estrella, Sol; y como soy llamada Aurora, Estrella, la Luna en su máximo fulgor y Sol. No temas, Yo te asistiré. Ahora que tu naturaleza se debilita, con toda justicia, en su momento, la Gracia te prestará sus fuerzas y el Ángel, que también es Mi Ángel Gabriel, que su nombre expresa Fortaleza, vendrá en tu**

auxilio. Te recomendaré especialmente a él para tu cuidado como mi más querido bien."

Las palabras de la Reina de las Vírgenes me dieron nuevamente valor y la visión desapareció, dejando la prisión llena de un perfume celestial.

Lo que se me había anunciado, pronto se realizó. **Dioclesiano perdiendo todas sus esperanzas de hacerme cumplir la promesa de mi padre, tomó la decisión de torturarme públicamente y el primer tormento era ser flagelada.** "Debido a que ella no se avergüenza de preferir a un malhechor, condenado por su mismo pueblo a una muerte infame, en lugar de un emperador como yo, entonces merece que mi justicia la trate a ella como él fue tratado". **Ordenó que me quitaran mis vestidos, que fuera atada a una columna y en presencia de un gran número de personas de la corte, hizo que me azotaran con tal violencia, que mi cuerpo se bañó en sangre, y lucía como una sola herida abierta. El tirano pensando que me iba a desmayar y morir, me hizo arrastrar a la prisión para que muriera.**

Dos ángeles brillantes con luz, se me aparecieron en la oscuridad y derramaron un bálsamo en mis heridas, restaurando en mí la fuerza que no tenía antes de mi tortura.

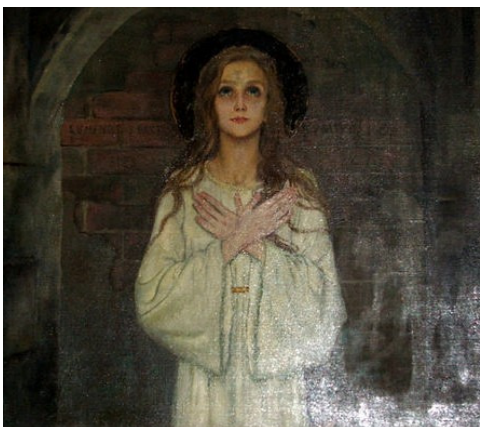


Cuando el emperador fue informado del cambio que en mí había ocurrido, me hizo llevar ante su presencia y trató de hacerme ver que mi curación se la debía a Júpiter, diciendo: "Él ha decidido positivamente que tú serás la emperatriz de Roma". Y lanzó seductoras palabras y promesas de grandísimos honores y aduladoras caricias, esforzándose por completar el trabajo del Infierno que había comenzado; pero el Espíritu Santo al cual había encomendado mi constancia, llenó de luz mi entendimiento en ese instante para dar todas las pruebas de la solidez de nuestra Fe, a las que ni Dioclesiano ni ninguno de sus cortesanos presentes pudieron nunca responder.

Entonces se renovó su frenética ira y ordenó que fuera sumergida en las aguas del Tíber con un ancla en el cuello. La orden fue ejecutada, pero Dios no permitió que esto tuviera éxito; en el momento en el cual iba a ser precipitada al río, dos ángeles vinieron en mi socorro, cortando la soga que estaba atada al ancla, la cual fue a parar al fondo del río, y me transportaron gentilmente a la vista de la multitud, a las orillas del río.

Este milagro obró un maravilloso efecto en un gran número de espectadores que se convirtieron a la fe; pero Dioclesiano, lo atribuyó a cierta magia secreta y me arrastraron por las calles de Roma y ordenó que me dispararan una lluvia de flechas; cuando las recibí, mi sangre fluía por todos

lados; él ordenó, cuando estaba exhausta y moribunda, que fuera llevada nuevamente al calabozo.



El cielo me honró con un nuevo favor. Entré en un dulce sueño y cuando desperté estaba totalmente curada. El tirano lleno de rabia dijo: "Que sea nuevamente traspasada con flechas afiladas". Otra vez los arqueros doblaron sus arcos, con todas sus fuerzas, pero las flechas se negaron a salir. El Emperador estaba presente y a la vista de esto se llenó de rabia, y diciendo que yo era una maga, pensó que la acción del fuego destruiría este "encantamiento". **Entonces ordenó que las puntas de las flechas fueran calentadas en un horno al rojo vivo y con**

ellas mandó apuntar nuevamente contra mí. Y esta vez las flechas fueron disparadas, pero éstas, luego de recorrer parte de la distancia que las separaba de mí, tomaron milagrosamente la dirección contraria desde donde habían sido lanzadas y seis arqueros fueron muertos por éstas; entonces varios de ellos renunciaron al paganismo y la gente comenzó a rendir público testimonio del poder de Dios que me había protegido. Esto enfureció al tirano, que determinó apresurar mi muerte, ordenando que mi cabeza fuera cortada con un hacha.

Entonces, mi alma voló hacia mi Divino Esposo, el cual me coronó con la corona de la virginidad y la palma del martirio, y distinguida con esta elección, tengo parte en el gozo de Su Divina Presencia. Este día que fue tan feliz para mí por verme entrar en la Gloria, fue un Viernes, y la hora de mi muerte, la tres de la tarde: el mismo día y la misma hora en que el Divino Maestro expiró."



CORONILLA DE SANTA FILOMENA

La pequeña Coronilla de Santa Filomena está compuesta por tres cuenta blancas (símbolo de la virginidad), en honor de la Santísima Trinidad; 13 cuentas rojas (símbolo del martirio), conmemorando la edad de Santa Filomena en la Tierra y una medalla de la Santa.

Esta devoción (debida al Santo Cura de Ars), consiste en rezar un Credo, tres Padre Nuestros (en las cuentas blancas) y trece Ave Marías (en las cuentas rojas), finalizando con la invocación: **"Santa Filomena: Ruega por nosotros."**